

Y SI TODOS LO OLVIDAN

Selma Skenderović

Traducción: David Heredero Zorzo

Kosovska Mitrovica, 2018. En el norte, serbios. En el sur, albaneses. Entre ellos, un puente sobre el río Ibar. Un *arrabal*¹ bosníaco en ambas partes de la ciudad: un espacio de encuentro y comercio diario. En el *arrabal* se vende y compra de todo, desde ropa y calzado hasta electrodomésticos, cigarrillos, incluso gasolina. Allí también hay Zara, Bershka, Stradivarius, etc. Los precios son variados. Se trata de copias de diversas prendas de diseñadores. Bagatelas.

[...]

Nos marchamos de la estación de autobuses en taxi. Nos dejó al principio de «nuestra» calle, como aún la llama mi madre. En los últimos años los *forasteros* se han hecho casas enormes aquí. Sí, aquí nos llaman así ahora. Casas bonitas, con fachadas coloridas y sistemas de alarma. En otra parte ganan lo suficiente como para permitirse aquí lo que les venga en gana. En otra parte malviven y ahoran. También. Desde el Partido Bosníaco cada ronda de elecciones les prometen hacer asfaltar la calle a cambio de sus votos.

Nosotros, los de Eslovenia, tenemos fama de *forasteros* un tanto mal situados. Mis padres, con dos créditos, se compraron un piso a durísimas penas. Aquí se comportan como si nos hubiéramos mudado para nada. Que no digo que no tengan razón. Aún no nos hemos ganado del todo un hogar en Eslovenia. Para eso tienes que esforzarte. Lograr algo como persona. Cambiar. Fingir.

Desde algún lugar de la segunda mitad de la calle, una vez hubimos pasado la parte albanesa, ya nos saludaban con aspavientos nuestros antiguos vecinos, sus vecinos. Mi madre bromeó por aquí y por allá con alguna con que estábamos cansadas del viaje, que estaríamos aquí un largo tiempo, que iríamos a tomar un café en otro momento. Sin tener en cuenta mis avisos previos de que no planeaba visitar a nadie, por supuesto.

Delante de la casa nos esperaba una descolorida valla verde. Delante del garaje había hechado cemento y piedras sin tratar. De algún modo, nos abrimos paso hasta el *pilón* para que nos enseñara un cuervo que había tallado en una madera oscura. Nos lo presentó como Skanderbeg. Hasta la mesa de jardín que había tallado quince años atrás aguantaba mejor que él. También se había hecho con un perro nuevo y casi lo había matado de hambre, porque lo alimentaba con lo que se alimentaba a sí mismo.

Nos sirvió un café que preparó mi madre.

Nos sentamos cada una a su lado del sofá, él se tumbó entre nosotros y vio la televisión. No sé de qué hablaban. Ella. *¿Ves esto, taita? Esto es moderno hoy en día.* Y él. *Bah, al diablo con ellos.* Me parecía

¹ A lo largo de toda la novela se intercalan palabras o fragmentos en la lengua de la región bosníaca de Sandžak, de donde procede la protagonista. Estos fragmentos aparecen en la traducción marcados en cursiva. En algunos lugares se mantiene la expresión original. En ocasiones hay notas al pie de página con una explicación de su significado o la traducción. Estas notas son de la autora, si no se especifica de otro modo (N. del. T.).

que no se iban a quedar sin palabras así como así. Esa justo había sido la razón principal por la que había venido con mi madre. A mi madre le parece que aquí tiene que estar demostrando su valía una y otra vez. Como una buena nuera que se ocupa de que la casa esté recogida, la comida preparada, la colada hecha, el suegro entretenido. Como una buena hija y hermana. Por eso se le olvidan los rencores con su propia familia mientras está aquí. Como una antigua buena vecina que despierta en sus antiguas vecinas la reconfortante sensación de que aún puede meterse en su piel de desempleadas, de amas de casa dependientes económicamente de sus maridos, aunque viva y trabaje en Eslovenia, conduzca y pueda quedar a tomar un café a placer con mujeres y hombres. Hasta cierto punto, claro. Así, todas las tareas y todas las conversaciones recaen sobre ella. Y no se trata de que yo no quiera ayudarla. Simplemente no hay necesidad de ello, porque me da igual lo que piensen de mí unas personas que me conocieron hasta mi séptimo año de vida.

Las visitas a los eslovenos ni siquiera se pueden comparar con nuestros *corros*, o *corrillos*, dependiendo de qué dialecto se trate.

[...]

Estaba en casa de Rasema y Salko a las seis menos cinco. Estaba enfadada porque había pisado el barro y me había manchado las Vans nuevas. Estreché las manos con los presentes fugazmente. Mi madre estaba en un círculo de vecinas hablando algo de la *tía* Fatima. Él se había puesto entre el resto de hombres, estaban explicándole al *hodja* que todo lo que veía era tierra de Salko. También nos sentamos separados. Rasema y Salko habían puesto las mesas y las sillas en una fila recta delante de su casa. A los hombres les correspondía el lado derecho de la mesa si mirabas desde el umbral de la casa de Rasema y Salko, a las mujeres la izquierda.

Rasema sirvió el café primero a los hombres, luego a las mujeres. Seguían hablando. Cuando se tomaron el café, el *hodja* se levantó y abrió el Corán. Las mujeres nos cubrimos la cabeza con el velo. Todos me miraban. El *hodja* comenzó a leer el Corán. Todos me miraban. Me pareció que la ceremonia duraba una eternidad. Estaba incómoda. Cerró el Corán y dijo *al-Fátiha*. Alzamos las palmas de las manos y *rezamos la al-Fátiha* en nuestro interior. Todos me miraban. Nos pasamos las palmas por el rostro. Todos me miraban. Salko metió al *hodja* un sobre en el bolsillo. El *hodja* se fue. Cada uno recibió su bandeja de comida. Todos me miraban. Terminé antes que los demás. Entonces, ojeé los lados masculino y femenino de la mesa. No podía deshacerme de la sensación de que me juzgaban. Aunque lo quisiera, no tendría adónde regresar. Aquí ya no podría vivir. No con esta gente.

Aproveché el ir al baño para quedarme en la casa de Rasema y Salko hasta que mi madre y él decidieron que nos íbamos a casa. Al principio tuve que hablar con los hijos de Rasema y Salko. Los tres tenían una conexión con la *tía* Fatima, estaban todos los días en su casa. A nadie le importaba cómo se sentían tras su muerte. Tan solo les dijeron que pronto comenzaría la *janazah* y que estuvieran callados. Después cada vez me parecía más que ni siquiera me esforzaba en escucharlos. Simplemente asentía y miraba a Etka, que estaba sentada en el suelo frente a la televisión. En un momento dado se giró hacia mí y me preguntó: ¿*Y Edina?* Es verdad, ¿qué pasa con Edina?

[...]

Nos despertaba gritando que nada estaba recogido, que no podíamos solo estar tumbadas y comer. *Vosotras solo cerraros en vuestro cuchitril. Las piernas descansando, ya lo hago yo todo. Limpio. Cocino. Lavo. Ellas terminarán la escuela. Irán a la universidad en Liubliana. ¿Quién soy yo? Una simple señora de la limpieza. Ni siquiera quieren hablar conmigo.* Y siempre el mismo ritual. Voy al salón y tengo que preguntarles. *¿Habéis dormido bien?* En el mejor de los casos recibo la respuesta: *Bastante, ¿tú?* Normalmente no la recibo. Ellos dos nunca me preguntaron a mí si había dormido bien.

Antes, cuando acabábamos de mudarnos a Eslovenia, las tres teníamos que levantarnos cada vez que él venía de algún lado a una de las habitaciones. Especialmente cuando venía del trabajo. Una iba a abrirle la puerta, las otras dos estaban de pie esperando a que entrara. *¿Estás cansado?* Siempre la misma pregunta. Después se tumbaba delante de la televisión. Él a un lado del sofá, ella al otro. Para mí y para Azra el espacio en el suelo, a un metro de la televisión. Eso siempre me molestó. A mí nadie me preguntó nunca si estaba cansada. Sobre todo más tarde, cuando ya había crecido. No deseaba verlos. Me repugnaba todo lo que hacían. Odiaba su lenguaje corporal, sus ademanes. Cómo se oye solo el crujir de sus mandíbulas mientras comemos. Los ronquidos de él mientras trato de hacer los deberes. Las llamadas de ella en manos libres mientras yo aún duermo. La ensalada de él con demasiado vinagre. El vinagre. El olor del vinagre me acompaña a todas partes. De las cremas de ella para sus piernas hinchadas. Del suavizante que usaba ella. El restallar del cinturón al golpear las palmas de mi mano.

Lo mejor sería que dejé de pensar en ellos. En lo que me hicieron. En mí misma. No puedo relacionarme a mí misma con ellos. Yo no tengo familia. ¿Por qué les compro entonces regalos para su cumpleaños, el *Eid al-Fitr*, el ocho de marzo? Son buenos manipuladores. Especialmente ella.

[...]

Aquí jugábamos Azra y yo antiguamente. Como Etka no tenía juguetes, la *tía* Fatima nos daba sus trapos de cocina y nos enseñaba *a amasar el pan y hacer el burek*. Los trapos eran la masa, que la enrollábamos en círculos, la poníamos en moldes y luego se le llevábamos a la *tía* y el *tío*, a Etka y a los demás que estuvieran entonces en la habitación. La *tía* a veces decía que no estaba lo suficientemente salado, hecho o algo así. Luego estábamos un rato enfadadas con ella, pero al final volvíamos a la cocina y le hacíamos un nuevo burek. Cuando nuestra madre se levantaba y nos decía que teníamos que irnos a casa, doblábamos los trapos y se los devolvíamos a la *tía* Fatima.

Una vez la *tía* Fatima me engañó. Puso en la mesa una *kukuruza* que había hecho ese día para la cena. Entonces estábamos de visita en su casa con la *nana*, mi madre le dijo que no me gustaba la *kukuruza*², que solo la comía Azra. *¿Qué kukuruza?* La *tía* Fatima fingió no entender de qué hablaba mi madre. *Esto son gurabije*³. *Mira qué ricas están*, cogió una y se la comió. *Coge, Zineta. Pruébalo.* Y yo, pensando que eran *gurabije*, cogí el trozo más grande y me lo comí. El sabor era algo diferente, de eso me di cuenta, pero seguía pensando que eran *gurabije*. Luego se rieron un rato de mí. *¿No te gusta la kukuruza, eh?*, se burlaba de mí la *tía* Fatima.

Aquí estuvimos también en el banquete cuando se casó su hijo menor, que ahora vive en Francia. Yo fui *dama de honor*. Entonces ni siquiera sabía qué era eso. Me pasé el día enterito pegada a la novia, no me aparté de ella ni por un minuto. Por la mañana fuimos a buscarla a casa de su madre, eso no lo

² Pan hecho con harina de maíz.

³ Postre similar en aspecto y color a la *kukuruza*.

recuerdo muy bien, creo que estaba ya vestida con el traje de novia. Uno rojo, con un ribete dorado, enorme. Se habían conocido en Francia, aquí se casaban porque allí no tenían a nadie, me explicaba yo. Luego nos sentamos en un restaurante, probablemente estuviéramos esperando a alguien. La novia estaba visiblemente enfadada con razón. Otra persona era el centro de atención en su boda. No recuerdo qué pasó antes de llegar a casa de la *tía* Fatima. Había ido en el coche con la novia, eso era lo más importante para mí entonces. Yo también llevaba un vestido bonito, sujetaba el ramo de la novia. Luego nos sentamos en este espacio que ahora estoy vaciando. Comimos. Había muchos invitados, no sé cómo se apretujaron todos dentro. Alguno de ellos lanzaba monedas al aire, los niños las recogíamos del suelo y nos las metíamos en los bolsillos. Unos veinte euros seguro que junté. Recuerdo también los terrones de azúcar, esos también los pusimos en pañuelos y luego nos los llevamos a casa, pero no sé por qué. No recuerdo al hijo de la *tía* Fatima, ni siquiera a su mujer. Hoy seguro que no los reconocería si me los encontrara por casualidad en algún lado. Y ellos tampoco me reconocerían a mí.

[...]

El trayecto duró algo más de media hora. Estábamos en casa de Nafija alrededor de las ocho. Llamamos al timbre y nos descalzamos delante del felpudo. El hijo mayor de Nafija nos abrió la puerta y nos invitó a la casa. Los interrumpimos viendo el telediario serbio. Tras los estrechones de manos y besos introductoryos, el marido de Nafija nos indicó dónde sentarnos. Me hundí cómodamente en la esquina derecha del sofá. Mi madre se sentó a mi lado —antes de sentarse, le plantó en las manos a Nafija una bolsa con zumo, barquillos de chocolate y café—, él junto a mi madre y el marido de Nafija y sus tres hijos en la esquina izquierda del sofá, en diagonal a mí. Unos minutos más tarde, Senada, la hija de Nafija, nos trajo zumo a mí y a mi madre y un té sin azúcar a él.

Siguió el curso estándar del *corro*: café, charla sobre los nuestros en Eslovenia, el trabajo de mi madre, mi boda, etc. ¿*Cómo anda tu otra chica?*, preguntó Nafija a mi madre. Que si se parecía a mí, continuó cuando mi madre le dijo que Azra estaba bien, que tenía mucho lío con la escuela, que por eso no había venido con nosotras. *Mejor que no*, dijo Nafija sacudiendo la cabeza ante la respuesta de mi madre de que en realidad Azra y yo no nos parecíamos en nada. *Esta es marimacho*, me pegó otra vez un repaso, como si no lo hubiera hecho ya en cuanto hubimos entrado. *La mujer tiene que tener caderas anchas*, añadió mirando aún más atentamente las mías. *Cómo vas a parir niños tan flacucha*, me preguntó seria como si tuviera en el bolsillo la solución a mis caderas demasiado estrechas y obviamente masculinas.

[...]

Pero si una mujer piensa demasiado, se vuelve quisquillosa, si no se casa antes de los veintidós, más tarde difícilmente encontrará pareja, me advirtieron también. Así que me queda solo un año.

Que en estos tiempos ya es bueno si es que se casa con un hombre, añadió Husmir, quien obviamente seguía todo lo que hablábamos nosotras. *Ahora tenemos que tener cuidado con que los hijos no se nos enmariden*; en Bélgica hay mucho de eso, todos se casan con todos, nos explicó que vio a dos hombres casarse en el registro civil. Para alegría y satisfacción de ambos lados de la mesa, se escandalizó porque los belgas hasta los aplaudieron.

[...]

Y ya mañana por la mañana se empezará a llenar de nuevo la residencia cuando los aplicados y aplicadas estudiantes vuelvan a Liubliana para prepararse con tranquilidad para sus duras clases en la semana venidera. Así probablemente mientan a sus padres cuando les preguntan por qué quieren volver a la residencia de estudiantes ya el domingo. Porque no quieren contarle que en nuestra residencia hay fiesta cada domingo por la noche. Se juntan en la cocina, justo al lado de nuestra habitación, traen algunos litros de vino blanco, algunos litros de tinto que producen sus abuelos —la residencia es también un lugar muy apropiado para la venta, tantos litros traen, tantos venden—, algunas cajitas de cerveza, algunos porros, obligatoriamente también una guitarra, o mejor un acordeón. Luego empiezan con sus cantos a la tirolesa, le pegan toda la noche a turnos o a las canciones de gañanes eslovenas o al turbofolk balcánico. Si es que no sé qué es más insoportable: escucharles cantar al unísono sobre una Micka que tiene un tractor en casa o romper vasos porque Ceca los ha comovido hasta llorar con su «Autogram». Si al menos acentuaran correctamente nuestras palabras no me molestaría tanto probablemente. Cada vez que los escucho pienso que ni siquiera saben qué significa *bekrija*, *inat*, *jastuk* o cualquier cosa sobre la que canten. Cuando se emborrachan, todos hablan con fluidez todas las lenguas de nuestro antiguo Estado común, pero sobrios se scandalizan con las dependedientas que les ofrecen una *borsita* en vez de una bolsa, con los conductores que les saludan con *buos días*, conmigo cuando digo *calcetas rosas*. Quizás realmente no seamos tan finos y señoriales como los eslovenos, pero sabemos hacer buena música y *ćevapi*.

[...]

A veces también me resulta antinatural pronunciar determinadas palabras eslovenas, especialmente aquellas que rara vez utilizo. O directamente nunca. Hace poco me resultó gracioso cuando una compañera llamó «bolita» a su novio. «Žlikrofi», «Liubliana», «ligar», «liguero», «felicidad». Con estas es con las que tengo más problemas. La secuencia «li» siempre se me atasca. Yo pronuncio «l», y los eslovenos «l» e «i». No tengo mi propia lengua, eso es lo que me molesta en realidad. Envidio a los eslovenos porque ellos la tienen. La aprenden desde la guardería. Yo nunca estudié mi lengua materna en el colegio. Doy vueltas en bucle sin parar.

Esta semana también pasará, después mis sentimientos se apaciguarán. No compararé cada día mi vida en Eslovenia con la vida de esta gente aquí. Con mi vida aquí.

[...]

Al menos esta noche, la última velada, no voy a estar malhumorada, decidí. Me senté en el sofá al lado de Admira, lejos de la puerta del salón, y de inmediato tuve la sensación de estar más involucrada en la conversación que de costumbre. El tío y él charlaban sobre los perros callejeros que deambulaban en esta época por el pueblo causando daños. Que por eso Admira y él tenían que cerrar a las gallinas en el gallinero ya antes de las cinco de la tarde, dijo el tío. Él empezó a contarle sobre una gata que

llevaba algunos días merodeando alrededor de su casa. Que los perros callejeros se habían comido sus crías, dijo. A ella solo la habían mordido en el cuello, el cual él le había cubierto con cinta adhesiva para que no se lo arañara. Entonces le explicó al tío que cada mañana tenía que recoger basura entre los árboles frutales porque por las noches los perros la esparcían por todas partes. La última vez habían traído de algún lado unas cabezas de pescado mordisqueadas. Las dejaron junto al *pilón*, dijo señalando en dirección al *pilón*. Les iba a enseñar él con el látigo lo que no se debía hacer, se envalentonaba frente al tío. El tío se reía. Que en Eslovenia muy rara vez ves un perro callejero, casi añadí. Que la mayoría de los perros eslovenos están adiestrados, los eslovenos los tienen en sus casas y pisos. Los bañan, los llevan a peluquerías caninas a cortarles el pelo, a hacerles la pedicura en patas, almohadillas y uñas. Les compran Pedigree Dentastix para un cuidado dental diario. Los sacan a pasear varias veces al día, hablan con ellos, los miman. Incluso los llevan consigo a exposiciones, conciertos, veladas literarias. Tienen más vida cultural que la mayoría de las personas de aquí, con esto quería terminar mi réplica. Tienen un pasaporte más poderoso que la mayoría de las personas de aquí, se me pasó por la cabeza después, lo que les habría parecido a todos aún más ofensivo. Pero antes de que llegaran las visitas, había decidido al menos una noche no hacerme demasiado la lista en voz alta.

Así no me podían declarar un *shaitán* al que le parece normal dormir en una cama en la que momentos antes se ha revolcado un perro. Y no me hacía falta escuchar sermones sobre que según el Corán para los musulmanes está prohibido tener perros como mascotas en casa. El Mensajero de Alá, que la paz sea con él, dijo que los ángeles no entran en una casa en la que haya un perro. Las personas que no tienen perros para cuidar el ganado, los cultivos o para cazar sino por otras razones son pecadoras. Si un perro nos chupa la ropa, debemos cambiarnos. Si la baba de perro nos salpica el cuerpo, debemos lavarnos la parte del cuerpo sobre la que haya caído seis veces con agua y una con tierra. Todo esto me lo sé ya sin sus explicaciones, a diferencia de ellos he leído con detalle el Corán varias veces.

Me acordé de una vecina eslovena nuestra que hace años vino a tomar café a nuestra casa toda extrañada para que mi madre le explicara por qué una de nuestras vecinas bosnias —las demás no iban cubiertas— se alejaba de ella cada vez que la veía con su perro en el regazo.

[...]

El abuelo nunca deseó morir. Tuvo mala suerte, enfermó. A la *nana* todos la tenían como una mujer increíblemente fuerte que, después de todo lo malo que le había pasado en la vida, nunca había desesperado consigo misma. Si alguna vez la hubieran escuchado realmente, también ellos la habrían oído decir que estaba cansada, que era demasiado tarde para ella, que no recordaba cuándo era su cumpleaños. La *nana* deseaba morir. Y eso no se lo puede reprochar nadie que la hubiera conocido.